

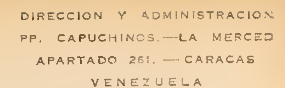



PAZ Y
BIEN
Alfonzo
VENEZUELA MISIONERA
ÑO V + No. 49
Caracas, Febrero 1943





SunFlame



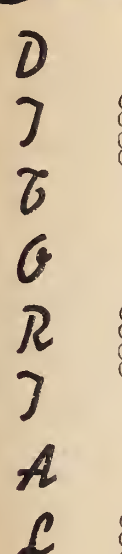
Venezuela Misionera

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA
Y DE LA ORDEN

C. A. ARTES GRAFICAS

Año V. —:— Febrero de 1943. —:— Nº 49.

Escribe el Sr. Vicario Apostólico del Caroní





ESDE las columnas de la revista "Venezuela Misionera" que tan acertadamente dirigen nuestros hermanos los PP. Capuchinos de Caracas, me es muy grato hablar a los lectores y al católico pueblo venezolano, para saludarlos en nombre propio y en nombre de mis misioneros, que en las regiones del Caroní, del Orinoco y de la Gran Sabana trabajamos por extender el reinado de Cristo y por el engrandecimiento de esta Católica Nación Venezolana.

Hace cuatro años que "Venezuela Misionera" está realizando una obra grandiosa de difusión misional y de propaganda entre el pueblo, al mismo tiempo que rebuscando en los archivos viejos documentos y desempolvando antiguos manuscritos pone ante la vista de



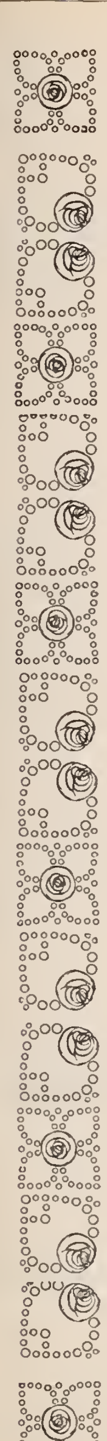
los lectores la obra de los pasados misioneros que trabajaron mucho y bien en estas tierras.

Labor de propaganda y de difusión; labor de apostolado de la pluma, labor misional la de esta revista, que va formando poco a poco la conciencia del pueblo por lo que se refiere a las Misiones Católicas, describiendo algo de nuestras labores en el campo que Dios nos ha confiado en las vertientes del Caroní, en los caños de este imponente y majestuoso Orinoco y en las alturas de las prometedoras regiones de la Gran Sabana.

Por eso tenemos para su Director y Redactores una palabra de aliento y de gratitud, una felicitación sincera, un aplauso lleno de entusiasmo y una bendición especialísima, y para todos los lectores de la revista, así como también y muy especialmente para todos nuestros grandes y pequeños bienhechores nuestro profundo agradecimiento y la oración ferviente y diaria de mis abnegados misioneros y de los indígenas, que, mejor que nadie, están sintiendo los efectos de esa propaganda y el apoyo oficial del Gobierno de la Nación y las iniciativas de las entidades particulares.

El avance de la civilización entre los indígenas, si es costosa y llena de dificultades, la estamos palpando ya con nuestras propias manos. De nuestros internados de Araguaimujo, Santa Elena y Luepa han salido ya centenares de matrimonios que establecidos en los campos de la misión contribuyen con su obra al engrandecimiento de la Patria. Todos ellos han aprendido la vida culta, las nociones de Dios, de Patria, de Familia y de Sociedad; todos ellos saben el cultivo de la inteligencia y del corazón; todos hacen producir a la tierra con su esfuerzo personal y con el trabajo de sus manos. Por eso lo que antes era selva inculta, tierras baldías, campos yermos, hoy día se han convertido en campos de producción y de progreso, donde se cosecha el arroz, en grandes proporciones, la caña de azúcar, la papa y otros cereales.

La labor de los misioneros es grande, es intensa y eficaz, a pesar de las dificultades que en mayor o menor escala se nos presentan. Pero esperamos en Dios, ven-

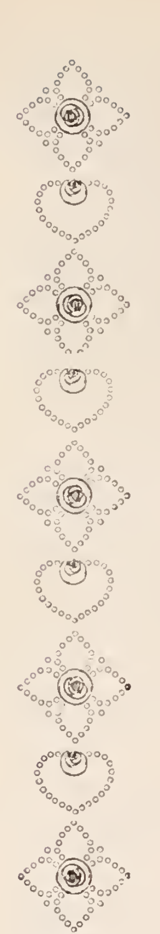


cer todas esas dificultades, y que apoyados con la decidida cooperación del Gobierno Nacional nuestros esfuerzos serán cada día de mejores y mayores resultados prácticos para el conglomerado de la Patria.

Hoy día los asuntos misionales están cobrando una preponderancia extraordinaria en el mundo católico, y hasta los mismos gobiernos aconfesionales, reconociendo los esfuerzos de los enviados del Evangelio, apoyan esa labor del misionero. Pero también es cierto que las misiones, que prometían frutos halagadores, han sufrido y están sufriendo un gran retroceso y no pocas necesidades a causa de la conflagración universal. Lamentamos con el actual Pontífice esta triste situación y encomendamos eficazmente a nuestros lectores, se interesen ante la divina presencia con sus oraciones y sacrificios, para que cuanto antes cese el flagelo de la guerra, se normalicen las cosas y las misiones católicas reanuden pronto su curso ordinario y normal, y la colaboración de los pueblos sea en adelante más decidida y mucho más eficaz.

Afortunadamente esas tristes consecuencias no han llegado hasta nosotros con la cruda realidad de otros países, ni tampoco nos ha faltado la protección de lo alto. No obstante también nosotros sentimos en parte y lamentamos, aunque indirectamente esos efectos de la situación anormal del mundo. Quiera el cielo oír propicio nuestras plegarias derramando sobre el mundo sus bendiciones, haciendo que la blanca paloma extienda cuanto antes sus níveas alas llevando en su pico el verde olivo de la tan suspirada paz.

Nuestros mejores y mayores deseos son y serán contribuir, según la medida de nuestras fuerzas, al engrandecimiento de esta nuestra segunda Patria, llevando a la práctica la reducción de los indígenas, que la voluntad divina y el Santo Padre junto con el Gobierno de la Nación nos han encomendado. En esta obra de tan positivos resultados para la Iglesia y la Patria estamos empeñados los Misioneros sin darnos punto de reposo, sin miras personalistas y sin egoísmos rastreros. Lo que necesitamos también por otra parte es decidida y eficaz cooperación de todos; cooperación en el orden



espiritual con sus oraciones y sacrificios para que nuestras fuerzas no desmayen y podamos vencer las dificultades que se nos presentan con más o menos frecuencia; cooperación material, ya que las necesidades con que nos encontramos los misioneros y tienen los indígenas no siempre se pueden remediar con la ayuda oficial, que recibimos y agradecemos.

Son tres internados los que sostenemos en la actualidad y donde se forman y se educan centenares de indígenas de ambos sexos; son edificios que hay que levantar; excursiones frecuentes que realizar; son nuevas fundaciones que nos piden los mismos indígenas en otras regiones; es el sostenimiento de nuestro Seminario para la formación del Clero indígena que en un futuro no lejano ha de trabajar con nosotros en estos campos de misión, y donde se da la instrucción necesaria a una docena de jóvenes estudiantes; son tantos proyectos que quedan en la categoría de proyectos... por falta de medios para llevarlos a cabo... Pero a pesar de todo esperamos llegar a la meta de nuestras aspiraciones y que estos campos de Misión con el tiempo han de entrar a formar nuevas diócesis.

Lectores de "Venezuela Misionera", recibid una vez más la prueba de nuestra gratitud más sincera.

† Fr. CONSTANTINO GOMEZ VILLA,
Vicario Apostólico.

El Kanaima en Casa



¿Lo conoces?... Es el héroe de esta verídica historia del Kanaima. Sentados están el P. Ricardo y Jorge en el mismísimo banco donde el importuno pato hiciera sus jugaretas la noche aquella de marras.

DURANTE mi estancia, hasta la fecha de casi dos años en esta Casa-Misión de Santa Elena de Uairén (Gran Sabana) y por mi íntimo contacto con los indios de esta región, he podido observar que la descripción de "EL KANAIMA" que los beneméritos Misioneros RR. PP. Eulogio Ma. de Villarrín y Cesáreo de Armellada hacen en el artículo del mismo nombre publicado en el Nº 44 del mes de septiembre del año 1942, es exactamente verídica y completa. Difícilmente podría hacerse una descripción más satisfactoria de lo que es el "KANAIMA" entre los indios *pemones.*

Remito a los lectores de "VENEZUELA MISIONERA" a ese artículo y allí verán que los mencionados PP. Misioneros hacen esta afirmación: "EL KANAIMA ES UN CASO TIPICO DE LA PSICOLOGIA DEL MIEDO Y DEL HISTERISMO, QUE HACEN VER Y OIR LO QUE NO EXISTE..." Para probar esta afirmación con un hecho más, voy a referirles un caso sucedido aquí en nuestra misma Casa de Santa Elena.

Fruto de la excursión que el R. P. Alvaro Ma. de Espinosa hizo en septiembre del año pasado hacia el Roroima fué el ingreso en nuestro Internado Indígena (Colegio Cármenes) del muchacho Jorge Corniero, que se encontraba entonces en el caserío Areue-pué. Una noche a eso de las once me despiertan unos golpes dados en la puerta de mi habitación que da al dormitorio de los muchachos. Me levanto, abro la puerta y es Jorge Corniero que me pide permiso para salir a "amarrar tigre". Le abro la otra puerta que da al patio, pero, apenas la he cerrado, cuando veo

que el muchacho vuelve todo asustado y me dice con mucho misterio: "Patré, KANAIMA: soé, soé". Me quería decir con esto que allí en el patio estaba KANAIMA silbando. Yo no le doy importancia y le digo sencillamente en idioma *pemón*: "Aké-kru", que literalmente quiere decir: Aké—no, kru—muy o mucho. Que no, de ninguna manera es verdad que esté allí KANAIMA y mando al muchacho que se vaya a acostar. En toda aquella noche ya no se acordó de hacer sus menesteres y seguramente que por una temporada no volverá a despertarme para ello. Al día siguiente, por la mañana, cuando estaban los muchachos en la escuela mando a uno de los mayores que pregunte en idioma pemón a Jorge Corniero qué fué lo que le sucedió la noche pasada. Nuestro protagonista cuenta el caso siempre con mucho misterio y con inimitable mímica. No está demás advertir que los indios son maestros en imitar las acciones y los sonidos lo mismo de las personas que de cualquier pájaro, etc. Resulta que, al salir el muchacho a "amarrar tigre", en un banco del patio de nuestra Casa vió sentado a un hombre (KANAIMA) y hacía ruido moviendo un plato y produciendo su típico silbido: soé, soé. Este hombre (KANAIMA) estaba vestido de blanco. Todos escuchábamos al muchacho con suma atención y, apenas terminó su historia, no pudimos menos de celebrarla, mientras todos los demás muchachos decían que eso no había sido más que miedo y que era embuste todo lo de el KANAIMA.

EXPLICACION DEL CASO.—Alguno de los muchachos dejó por olvido o por descuido un plato en los bancos del patio. A altas horas de la noche un intempestivo e importuno pato estaba rondando por aquellos alrededores buscando comida hasta que se coló dentro y dió con el mencionado plato. El pico largo y duro de este animal tenía que mover el plato y producir ruido al coger la comida. Además, es de advertir que los patos hacen un sonido especial y muy fácilmente quien esté bajo la impresión del miedo de KANAIMA, como nuestro muchacho recién traído de las rancherías, cree oir el supuesto e imaginario del mismo. Los patos de esta Casa-Misión son casi todos blancos; por eso KANAIMA estaba vestido de blanco. Es cosa algo rara que KANAIMA estuviese vestido, pues es creencia entre los indios el figurarse a ese fantasma completamente desnudo; vemos, sin embargo, en este caso una excepción, según testimonio del mismo muchacho.

¡Cuánta verdad es que, si no existiese en la imaginación de los indios el KANAIMA, ellos serían inmortales! Las muertes naturales, repentinas o violentas las atribuyen a KANAIMA. Recuerdo que un indio, llamado Francisco, vino un día a pedirme que le prestase unas herramientas, para hacer la sepultura y enterrar a su mujer que había muerto. A mí me extrañó la sangre fría con que me hacía esa petición. Le pregunto cómo murió su mujer y me dice que fueron los dos al conuco y, al volver para la casa después del trabajo, ella se quedó detrás y KANAIMA la mató.

No hay duda que esta falsa idea de el KANAIMA entre los indios poco a poco va desapareciendo y da lugar a que su espíritu pueda explayarse por las regiones límpidas de las únicas verdades y creencias católicas, lo mismo que su vida corporal se explaya gozando de los encantos y bellezas mil que, para bienestar y felicidad de los mismos, Dios ha esparcido por doquier en este paraíso ignorado de la Gran Sabana.

Fr. RICARDO DE BEGOÑA,
O. F. M. Cap. Mis. Apost.

En Excursión Apostólica

HORAS DE YANTAR

EL desayuno, almuerzo y comida, aunque no siempre los teníamos a las mismas horas, se hacían en común. Lo primero que nos presentaban, era una olla, que los indios llaman *eine*. conocida en buen castellano con el nombre de *gran cazuela*, con su provisión de ají y cumache hecho del yare de la yuca; luego en una esterita, —uori-uori— un pedazo de casabe. Una de las indias gritaba: *Aquí está la comida;* y todos quedaban invitados, grandes y pequeños; los varones primero. Todos formábamos un círculo en cuclillas o en unos banquitos de cuarta y media de largos por una de alto alrededor de *eine*. Cuando el casabe se va terminando, avisa uno de los indios: *No hay casabe;* lo que quiere decir que la india ha de proveernos de más. De ordinario nos reuníamos nueve personas y a veces doce para la comida. Esta variaba muy poco y tenía por base el ají; a veces se encontraban algunos pececillos. La única diferencia accidental consistía en el mayor o menor picantico, y que en todas brillaba por su ausencia la limpieza.

Cuando han terminado y como única ceremonia para retirarse, cada uno va diciendo: *Ya comí*. Cuando hay cacharí, bebida que casi nunca falta, las indias presentan las camazas llenas a los de más confianza; toman éstos unos sorbos y la pasan al más vecino, éste al que está a su lado, y así va dando la vuelta hasta el último. El último, haya o no cacharí, se la entrega al que se la dió y sigue así su viaje de retroceso, hasta que llega al primero que bebió, el cual se la entrega a la india que sirvió.

Cuando en estas ocasiones de las comidas los indios no están por allí cerca. el primero que se puso a la mesa grita a todos: *Tíos, sobrinos, hermanos mayores hermanos menores, cuñados... vengan todos a comer, que ya está puesta la comida.*

El último que termina de comer, dice a las indias: *Aquí están vuestras ollas.* Si ha quedado algo en ellas se ponen las indias a comer en el mismo



La escena de la pesca se desarrolla tal cual nos la cuenta el Misionero.

orden y con las mismas ceremonias que los varones, y si no hay que comer, se retiran y se da por terminado el banquete.

PESCANDO CON LOS INDIOS

Estando en Atapá nos invitaron los indios repetidas veces a que fuéramos a pescar con ellos, en lo que quisimos darles gusto. La pesca sería con barbasco. De víspera fueron algunos indios al monte en busca de esas raíces o bejucos. Al día siguiente muy de mañana se reunieron los indios, hombres y mujeres, grandes y pequeños, pues para ellos es este un sport muy divertido. Los hombres llevaban su haz de barbasco en la cabeza, sus arcos y flechas; las mujeres cargaron con las cestas y las redes, más las ollas de cumache y casabe. Así dispuestos emprendimos el viaje hacia la quebrada o laguna donde pensaban pescar. Al llegar al lugar señalado los varones con palos gruesos y todos en fila, se ponen a machacar el barbasco. Hecha esta operación entran todos en la laguna y sin soltar el barbasco de la mano, van caminando e introduciéndolo en el agua, unos por un lado y otros por otro, en todas direcciones hasta que toda la laguna queda envenenada. Al poco rato comienzan a salir los peces emborrachados y entonces hacen uso de las flechas y garlitos. Cuando ya ha terminado la pesca, asan algunos peces para el almuerzo, llevándose los demás para casa, donde tienen grandes banquetes. Al llegar a casa, si les ha sobrado algo de casabe, dan unas cuantas vueltas por la parte de afuera para desorientar al Piaima, por si acaso ha venido siguiéndolos por el camino.

SALIDA DE ATAPA

El plazo de los diez días, que habíamos resuelto quedar en Atapá, llegó a su término, y aunque iban llegando nuevos indígenas de los caseríos más distantes, nos fué preciso despedirnos de todos, muy contra nuestra voluntad. Aquellos indios buenos y sencillos nos acompañaron hasta el próximo caserío de Maivapa, mostrando mucho sentimiento por nuestra partida, y arrasados los ojos en lágrimas, nos suplicaban que volviésemos pronto, y que les mandásemos vestidos. El Capitán en nombre de todos escribió al Sr. Vicario Apostólico una sentida carta, pidiendo Misioneros.

CAMINO DE SANTA MARTA

El primer caserío que se encuentra después de Maivapa es Uapinao, en el que no pensábamos detenernos. Con todo entramos unos momentos en casa de los indios, para saludarlos. Había allí un niño de unos cuatro años, quien, al vernos, no sabía qué hacerse, pues estaba desnudito de un todo y sin tener donde esconderse. La mamá le invitó para que nos regalara unos pedazos de aimara, diciéndole que no tuviera miedo. Trabajo le costó

al muchacho persuadirse, pero al fin se decidió y temblando de pies a cabeza, con las aimaras en la mano, se iba acercando receloso a nuestro lado, pero en el momento de alargar su manecita para entregarlas, le entraba tal pánico que instintivamente se volvía corriendo y llorando a su mamá. Así repitió la escena muchas veces, causando no poca risa a todos los presentes.

Cruzando morichales, algunas quebradas con sus montecitos, y pasando por vez primera el río Aicha, pusimos nuestros pies en el desordenado caserío de Santa Marta o Tuaiua-den.

EN SANTA MARTA

Dos días nos detuvimos en este caserío evangelizando, al mismo tiempo que nuestros compañeros de viaje aprovecharon la oportunidad haciendo papelón para el camino. Los niños de estas regiones, que nunca nos han visto, huyen de las barbas, como de las garras del tigre. Esto tuvo aquí su rara excepción. Salían en grupos de los ranchos, y llenos de alegría se acercaban a nosotros, levantando sus cabecitas para mirarnos bien y para decirnos: *Papai;* repitiendo esta escena centenares de veces. Imagínese el lector la satisfacción que en nosotros causaría esta confianza de los indiecitos.

Entre todos se destacó un niño de tres a cuatro años por el gran cariño que tenía a su mamá y por el aplomo y seriedad con que respondía a nuestras preguntas. Para embromarlo le decíamos:

—Te vamos a llevar con nosotros, ¿tú quieres venir?

—Ake-rua-ye, te-pai-pra-edai. Qué va, yo no quiero ir.

—Si vienes, te regalamos un vestido muy bonito.

—Qué va, yo no quiero irme de casa de mi mamá.

—Mira que aquí hay mucha plaga y por la noche hace mucho frío.

Y con toda la calma de un viejo, nos contestó:

—Tú vete para la casa de tu mamá y déjame a mí tranquilo.

—Bueno, pues ya que no quieres venir ahora, cuando nosotros vengamos a vivir aquí ¿vendrás a estudiar?

—Entonces sí.

Le hicimos un regalito y se puso muy contento.

Pues aun pasamos un nuevo rato de diversión con el indiecito aquel.

Porque al presentarle la linterna encendida, cerraba los ojos y soplaba con toda la fuerza de sus pulmones, creyendo con eso apagar la luz. Y cuando yo disimuladamente corría el botoncito para que se apagase, él batía palmas, creyéndolo efecto de sus resoplidos. De este juego usábamos mucho con los niños, los que se divertían y nos entretenían.

HACIA URUYEN

Reanudamos nuestro viaje y en una hora nos pusimos en Uruyen, último de los caseríos de Kamarata; por cierto que el vientecito que viene del Auyantepuí algo nos molestó, ya que ni de día ni de noche deja de soplar. Como pudimos nos acomodamos en un rancho sin paredes, ya que las casas de los indios eran insuficientes para todos. Cerca del caserío queda la mina de San-Uoto, la que visitamos, quedando maravillados de los trabajos de estos indios laboriosos.

Los indiecitos nos entretuvieron con algunos juegos y cantos típicos de la región. Durante el tiempo que con ellos estuvimos les enseñamos a rezar y a cantar, bautizando también algunos niños.

Fr. EULOGIO DE VILLARRIN,
Mis. Capuchino.

(Continuará).

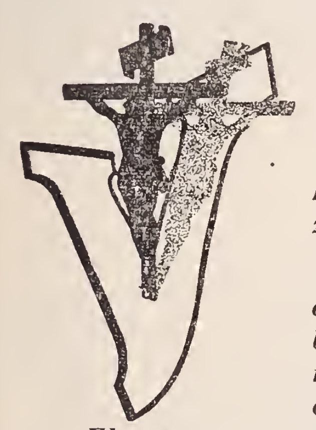


Dos alumnas del internado de San Francisco de Luepa.

CUENTOS Y TRADICIONES DE LOS INDIOS GUARAUNOS

Uacu Tobe Imasibuae; Taitane Tobe Uacu

DE COMO UN MORROCOY ENGAÑO A UN TIGRE, Y POR ESO EL TIGRE LO MATO



IVIAN juntos en una especie de empalizada un morrocoy y un tigre.

El morrocoy hizo una gran siembra de arroz y de jobo. Al terminar la siembra dijo el tigre: Cuando crezcan los frutos sembrados vamos a tener buena comida y la iremos a buscar juntos.

El morrocoy comía hojas secas y por eso no sufría hambre; pero el tigre, como no tenía presa de ninguna clase, la sufría insaciable.

El morrocoy, para saber si su vecino se encontraba con fuerzas, le preguntaba: Tigre, ¿cómo estás? El tigre contestó con voz fuerte: ¿Qué quieres, morrocoy?

A los tres días volvió a llamar el morrocoy al tigre. Este contestó todavía con voz fuerte. Todavía estaba bueno.

Las siembras iban creciendo bastante. Morrocoy no sentía desfallecimiento ninguno porque comía hojas secas, pero el tigre estaba muerto de hambre y contestaba con voz débil a su compañero.

Después de algunos días el tigre contestaba con una voz tan apagada, que apenas se oía. Las siembras estaban ya casi maduras.



Por los Caños del Orinoco. El Misionero se interna en las últimas rancherías donde es recibido con cariño por los indios.

Viendo el tigre que su compañero no desfallecía, le dice: Morrocoy, tú comes alguna cosa a escondidas, de lo contrario no estarías tan fuerte.

No como nada, contestó el morrocoy.

A los pocos días ya estaban buenos los frutos.

Tai boaetía.

El morrocoy fué a ver al tigre y lo encontró casi tieso.

Cuando vieron la fruta del jobo madura, dijo el morrocoy: Tigre, vamos a salir fuera. El tigre, tenía tanta hambre y estaba tan extenuado que no pudo contestar. Morrocoy entonces le metió arroz en la boca y él comía el jobo.

Cuando el tigre recuperó las fuerzas, se enfureció contra el morrocoy, porque lo estaba dejando morir de hambre y le decía: Tú estabas comiendo y a mí no me dabas nada; te voy a comer.

No, no comía, contestaba el morrocoy lleno de miedo.

Estuvieron discutiendo un largo rato, hasta que por fin el tigre, cansado de aguantar, lo mató.

Después que lo mató y lo comió quedó solo en el monte.

DESDE ENTONCES EL TIGRE SE DECLARO ENEMIGO DEL MORROCOY Y SIEMPRE QUE LO ENCUENTRA POR EL MONTE LO MATA.

NOTAS EXPLICATIVAS: *No respondemos de la originalidad de este cuento, en el sentido de que sea propio de los indios. Puede ser introducido entre ellos por el contacto con los civilizados. Sinembargo opino más bien que los civilizados lo hayan tomado de los indios. Por lo menos, tal como aquí está narrado, corresponde exactamente al ambiente y lugar en que se desarrolla la escena y es en todo conforme al "estilo indígena".*

El jobo abunda en las selvas del Delta del Orinoco y su fruta es muy apreciada de los indios, y muy buscada por los pájaros y otros muchos animales de aquellos parajes. Cuando está en buena sazón, tiene un sabor agridulce sumamente agradable.

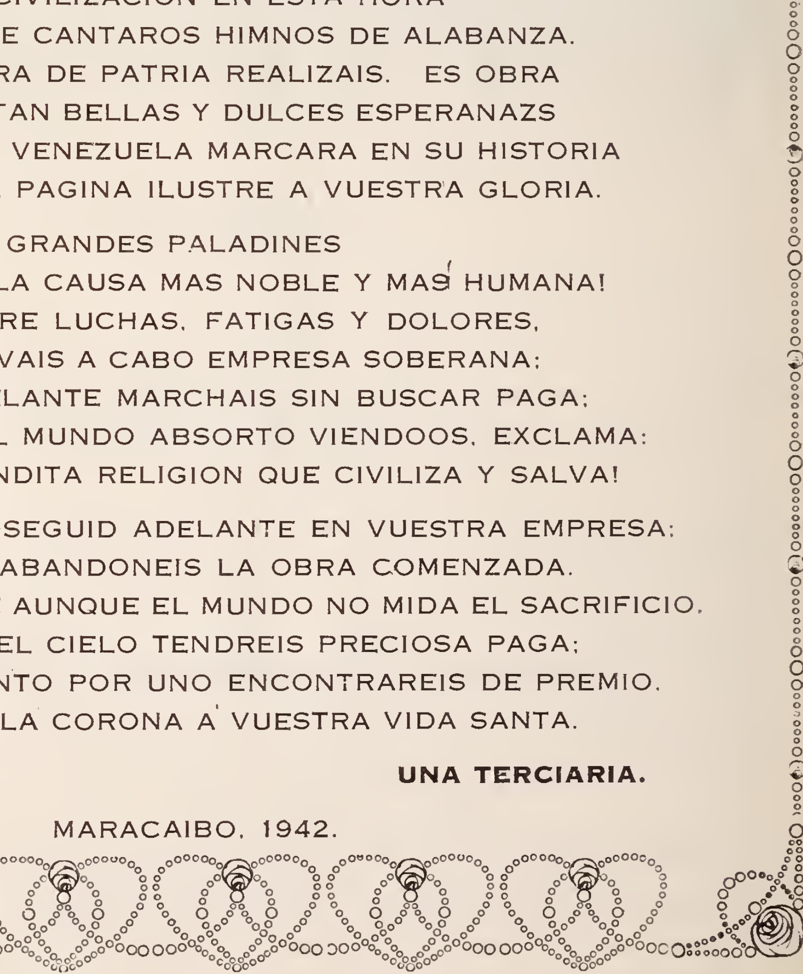
(Por la trascripción).

Fr. ALVARO Mª DE ESPINOSA
Mis. Apost. Cap.

(Prohibida la reproducción).

Canto

DEDICADO A LOS PP. CAPUCHINOS.
MISIONEROS DEL CARONI.



ES MUY POBRE MI VOZ. DEBIL MI ACENTO,
PARA ALABAR LA EMPRESA SALVADORA
QUE REALIZAIS. OH SANTOS MISIONEROS,
EN ESAS TIERRAS DONDE EL INDIO MORA,
Y DONDE DIOS DECORA
PAISAJES DE BELLEZA SEDUCTORA.

LA CIVILIZACION EN ESTA HORA
DEBE CANTAROS HIMNOS DE ALABANZA.
¡OBRA DE PATRIA REALIZAIS. ES OBRA
DE TAN BELLAS Y DULCES ESPERANAZS
QUE VENEZUELA MARCARA EN SU HISTORIA
UNA PAGINA ILUSTRE A VUESTRA GLORIA.

¡OH GRANDES PALADINES
DE LA CAUSA MAS NOBLE Y MAS HUMANA!
ENTRE LUCHAS, FATIGAS Y DOLORES,
LLEVAIS A CABO EMPRESA SOBERANA:
ADELANTE MARCHAIS SIN BUSCAR PAGA:
Y EL MUNDO ABSORTO VIENDOOS, EXCLAMA:
¡BENDITA RELIGION QUE CIVILIZA Y SALVA!

PROSEGUID ADELANTE EN VUESTRA EMPRESA:
NO ABANDONEIS LA OBRA COMENZADA.
QUE AUNQUE EL MUNDO NO MIDA EL SACRIFICIO,
EN EL CIELO TENDREIS PRECIOSA PAGA;
CIENTO POR UNO ENCONTRAREIS DE PREMIO,
BELLA CORONA A VUESTRA VIDA SANTA.

UNA TERCIARIA.

MARACAIBO, 1942.



Grupo de indígenas de la reducción de Merejina.

POR TIERRAS DE MEREJINA--



Reverendo Padre Director de "Venezuela Misionera".

Caracas.

Reverendo Padre: "Paz y Bien".

Le van estas líneas desde nuestra última avanzada misional, que con la ayuda de Dios y la bendición de la obediencia, acabamos de enclavar en uno de los treinta ríos (vulgarmente "caños") que forman las varillas de este espléndido abanico, llamado el "Bajo Delta Orinoqueño". Mis Superiores han tenido la ocurrencia de poner los ojos en esta miniatura de fraile para planear y llevar a efecto la sobrehumana empresa de la Reducción de Santa Cruz de Merejina, cuyo nombre comenzará pronto a sonar en tono mayor y a destacarse en el cuadro de nuestras Casas Misionales. Me encuentro, pues, como ve, desplazado en las trincheras de primerísima línea apostólica, solito en medio de este mundo..., si no del todo salvaje, si por completo infiel.

Dedicaré esta mi primera carta a describirle mi parapeto. Ponga atención. La maquinita con que le escribo está colocada sobre dos sacos de sal; encima de otros dos sacos estoy sentado yo. Estos sacos de sal, con otros varios que he traído para ayudar a los pobres indios en la salazón del morocoto *que pescan diariamente, descansan sobre el piso del rancho, formado por troncos de manaca tendidos longitudinalmente sobre tres palos transversales, sujetos sobre estacones elevados en el fango como los palafitos. Por debajo de nosotros sube y baja el agua del río en las alternativas de la marea. Encima de mi cabeza existe una especie de tejado, formado con hojas de palma, cosidas*

con mamures; *y los cuatro costados del rancho, al aire libre, ya que los ranchos guaraúnos no necesitan tabiques. En cuanto a luz y ventilación creo que la higiene más exigente no puede estarnos quejosa. Por todas partes a donde dirijo mi vista, tropiezo con el cielo, en donde me imagino una corona...; y cuyos colores de esperanza de pureza, me han inspirado los de mi bandera misional:* azul y blanco, *combinados* en cruz, *por ser ésta emblema de sufrimiento y resurrección, sacrificio y gloria. Hay amontonados en uno de los ángulos del rancho quince quintales de arroz en concha, que el Gobierno nos ha regalado para ayudar a las siembras de los indios; en el otro ángulo están nuestras provisiones de boca, consistentes en arroz, casabe y papelón. Otros lujos no pueden estilarse en las avanzadas heroicas; porque, como diría Cervantes por boca de Don Quixote: "el exceso de vituallas embaraza los movimientos de las marchas forzadas". A mi derecha hay cuatro cajones cerrados, en donde guardo mis papeles, ropa de uso, altar portátil y varias piezas de géneros, que he traído para ir poco a poco disminuyendo la desnudez de los pobres indios. Al lado opuesto, las herramientas y las vasijas con agua potable, que hay que traer de lejos en esta época por estar salobre la del río. Verticalmente y con los anzuelos clavados en uno de los tirantes del rancho, cincuenta* guarales *de pescar* a fiado, *que salen a colocar todas las noches los muchachos para proveernos de pescado fresco; y escondidas entre las soleras, las dos escopetas de caza. Enfrente a mí, como a diez metros de distancia, está anclada nuestra maravillosa lanchita misionera* "Divina Pastora", *la amacureña, trotona y osada, desafiadora de tempestades y siempre vencedora. Y finalmente, amarrada a uno de los horcones del rancho, la insustituible curiara,* nuestro caballo de agua: *¡bendito sea el indio que inventó tal embarcación!, merced a la cual, podemos comunicarnos con el mundo exterior; pues todo lo demás que nos rodea es agua.*

Y sin embargo qué bien se siente uno aquí, abandonado en los brazos de Dios...! Aquí, en donde, todo falta, se siente más cerca y sensiblemente a Dios, que viene a llenar por sí mismo ese vacío de las cosas humanas. Y también me explico mejor que nunca los transportes de San Francisco Javier.

El río es ancho y está todo él dentado de cañitos, *cuya flora densa tiene todas las exuberancias del trópico en grado exacerbado. El mangle, tintorero y cáustico. Los palmerales más variados y audaces en su afán de encaramarse hasta las nubes: manacales de* cigarro *y manacales* de pan, *como significa su nombre indígena,* "güina - moru", *manacal de "güinas";* "moraru", *manacal de casabe. Morichales esbeltos y sin fin, panacea y despensa del indígena. Temichales recogidos y humildes, la palma caritativa que se desprende de sus pencas para cobijar los ranchos de los pobres; que brinda en la redonda cantimplora de sus semillas el agua providencial para remediar la sed de quien se aventura por estos caños, durante las épocas del verano, —febrero, marzo, abril—, en que los ríos pierden su género masculino para convertirse en* rías... *con toda la salinidad del agua marina, ¡Cuánta maravilla ha puesto Dios en la flora americana...! Y otro tánto podríamos decir respecto de su fauna de tierra, agua y aire. Desde el gracioso* "mapurito", *el malicioso* artillero, *hasta el pintado jaguar y el tigre rayado; desde el alcatraz al colibrí en su infinidad de variedades en tamaño y color; desde el formidable* "pez sierra", *el tiburón y el caimán, hasta el fino* lebranche, *el* morocoto *enjundioso, el macizo y corpu-*

lento laulau, *el* manatí, *tierno y exquisito, la* terecaya, *la* tortuga, *la* iguana *ponedora y la traviesa* tonina, *nuestra compañera en la soledad de las interminables navegaciones por estos ríos como mares.... Vea Vuestra Caridad qué solemne y qué precioso es el escenario en donde tengo enclavado mi parapeto misional...!*

Con gusto seguiría escribiendo hasta duplicar la extensión de esta mi primera carta. Mas, para no hacerme empalagoso, pongo punto. En mi próxima le irán interesantes noticias, relacionadas con mi desplazamiento por estas tierras y con la fundación del nuevo centro misional de SANTA CRUZ DE MEREJINA y de las "ISLAS PRECIOSAS". ¡VIVA CRISTO REY!

Fr. Basilio María de Barral.
Misionero Aptco. del Caroní.

Reducción Misional de Sta. Cruz de Merejina, mayo, 1942.



La familia Nava-Paz. Todos entusiastas propagandistas de nuestra Revista y todos fervorosos Misioneros. Los esposos Nava-Paz celebraron en el pasado mes de enero sus veinticinco años de matrimonio con una Misa Solemne en nuestra Iglesia de Las Mercedes y rodeados del cariño de los suyos. "Venezuela Misionera" se complace en publicar en sus páginas la foto de tan buenos amigos, deseándoles copiosas bendiciones de lo alto.

EL PADRE ESTEBAN DE ADOAIN



Uno de los más celosos y esclarecidos Misioneros que recorrieron en el siglo pasado las ciudades, pueblos, campos y aldeas, y hasta las regiones de infieles en tierras americanas, fué sin duda alguna, el Padre Esteban de Adoain, Sacerdote Capuchino, que hizo honor al burdo sayal franciscano, dejando estela de santi dad y sello de su misióndel Cielo en las innumerables almas que condujo a los brazos de la Cruz y al amor del Corazón de Cristo. Su larga vida de misionero abnegado no cabe en los cortos límites de un artículo. Pero bueno será que "Venezuela Msiionera" engalane sus páginas con la figura austera de tan insigne evangelizador de las doctrinas cristianas, y, aunque muy sucintamente, queden aquí estampados los rasgos más característicos de su ejemplar y apostólica vida.

"En uno de los pueblos más pequeños e insignificantes de cuantos hay en las montañas del antiguo Reino de Navarra... vino a este mundo nuestro P. Esteban, a quien podemos llamar el Apóstol de América". Así comienza la historia de este célebre Capuchino uno de sus biógrafos, para hacer brillar con más claridad las grandes actuaciones a que Dios le destinaba, y para indicar que no es la vanidad de la alta alcurnia la que mira el Señor para la realización de los planes sapientísimos de su divina Providencia.

En la oscuridad de una vida oculta, a imitación del divino Modelo de predestinados, vivió el P. Esteban hasta los veinte años, edad en que fué

admitido, probada antes su vocación religiosa, en la Seráfica milicia del "Pobrecillo de Asís". Allí cambió el nombre de Pedro Francisco por el de Esteban, con el que había de ser conocido y venerado por muchos.

Cuánto aprovechó en la virtud ya en los primeros años de vida religiosa, y cuánto se encendió su corazón en el celo por la salvación de las almas, ese celo decidido y sin temores a los medios más dolorosos, lo manifestó bien pronto, apenas consagrado sacerdote de Cristo. Cedamos la palabra al P. A. Ciáurriz, el más célebre de los biógrafos de este Siervo de Dios. Dice así: "Existía en la cárcel de Pamplona (España) un reo condenado a la última pena, pero se resistía a las exhortaciones que le hacían los sacerdotes todos que le rodeaban, e iba a morir impenitente. Enterado de esto el Padre Esteban, pues los religiosos Capuchinos estaban encargados, a petición de la "Asociación de Caridad de las Reales Cárceles de Pamplona", de la instrucción y educación de los presos de dichas cárceles, pidió permiso a su P. Guardián para ir a la cárcel, a fin de mover a contrición aquel endurecido pecador. Obtenida la licencia, aunque todavía no era predicador, en atención sin duda a la santidad de su vida, corre a la prisión, y sin decir una palabra al reo, allí presente, arrodíllase ante un Crucifijo y empieza a castigar duramente su propio cuerpo con unas disciplinas de alambre, diciendo al mismo tiempo: "¡Dios mío, haced que no se pierda esta oveja descarriada!" Aumentaba así la durísima penitencia que ante el mismo reo se había impuesto, por lo que admirado éste al ver correr la sangre por las espaldas del Padre, no pudo menos de caer también de rodillas exclamando: "¡Yo soy el pecador, yo el que debe sufrir esa penitencia!" Y arrepentido y contrito, murió cristiana y santamente, no separándose de su lado el P. Esteban hasta que la mano del verdugo puso término a la existencia de aquel desgraciado".

Estos anhelos de ver a Cristo amado por aquellos que le habían crucificado con sus públicos pecados, habían de devorar aquel corazón de apóstol en toda su larga y gloriosa carrera misional.

Al año siguiente de acaecido este memorable suceso (1834), comenzó el calvario de las Ordenes Religiosas en España, perseguidas primero, y obligadas más tarde a gustar el amargo pan del destierro. De él participó también el P. Esteban, formando en esta tribulación el espíritu de sacrificio que tanto había de necesitar más tarde para no desmayar en su laboriosa vida de misionero.

Al llamamiento de los Superiores de la Orden que pedían voluntarios para reanudar las Misiones Capuchinas en Venezuela, el P. Adoain contestó prontamente con el Profeta: Dispuesto estoy para ir donde la obediencia indique. Y a Venezuela fué enviado en 1842 con aquellos valerosos misioneros que tan buenos recuerdos y tanto bien espiritual y aun material dejaron en las distintas parroquias en que ejercitaron sus ministerios sacerdotales, y aún entre los pobres infieles de Caribén y Apure. Entre estos últimos le tocó al P. Esteban desplegar, aunque por muy poco tiempo, su admirable celo de apóstol. Pero antes lo vemos incansable predicando laboriosas misiones en los distintos puntos a donde la autoridad eclesiástica le destinaba. Y sirvió la Parroquia de Parapara por espacio de siete meses, reformando tan eficazmente las costumbres, y derramando tanto bien en aquel pueblo, que todos sus habitantes lloraron desconsoladamente cuando vieron que se les iba un tan bondadoso y amante Padre.

La orden de evangelizar a los infieles estaba conseguida, y allá se dirigió con el alma henchida de gozo santo, no sin antes detenerse, durante los dos meses que duró su viaje a través de los Llanos, a predicar la divina palabra, en Parapara primero, y después en Ortiz, Calabozo, San Fernando y Achaguas, cosechando en todas partes abundantes frutos de conversiones.

El 11 de mayo de 1843 su corazón rebosó de alegría, pues sus aspiraciones y ardientes deseos estaban cumplidos: se encontraba en San Antonio de Guáchara, llamado también El Palote, lugar de sus amados indios, a quienes, lleno del amor de Cristo, había de enseñar el camino de salvación y de vida. Cinco meses no más gozó de aquella íntima satisfacción, pues, sin recursos, sin alimentos, sin medios de evangelización, con el cuerpo extenuado por las fiebres y el alma destrozada por ver interrumpida su amada misión, tuvo que abandonar a sus queridos infieles, que una vez más se internaron en los montes, como huérfanos sin padre, y ovejas sin pastor.

Así enfermo, desanduvo el largo camino de los Llanos, llegando, después de varios meses, a Güigüe, población del hoy Estado Carabobo, acogiéndose allí a la caridad del P. Cirilo de Pamplona, Capuchino también, que le cuidó con esmero, tratando por todos los medios a su alcance de salvar aquella preciosa vida, tan necesaria para la causa de Cristo. Lleno siempre de celo, en medio de su debilidad corporal, no dejaba el P. Esteban de hacer cuanto podía por las almas; y así se le ve predicar, no solamente en Güigüe, sino también en Valencia y otras poblaciones circunvecinas. Pero la enfermedad no cedía, y trasladado a Caracas, por prescripción de los médicos hubo de embarcarse nuevamente para Europa, como último remedio para recobrar la salud perdida. Sucedió esto el 8 de junio de 1854.

Sintiéndose ya restablecido de sus quebrantos, con nuevos entusiasmos, hizo su segundo viaje a Venezuela transcurridos tan sólo dos años, sir-

viendo primeramente la Parroquia de Maracay, y predicando fervorosas misiones, siendo célebres las de La Vega, Antímano, y sobre todo las de Caracas, recorriendo todos los templos llenos siempre de numeroso auditorio, llegando a veces a ocho y diez mil las personas que ansiosas escuchaban la palabra de aquel hombre extraordinario, que en el púlpito más parecía un profeta enviado por Dios para recordar a los hombres sus infidelidades, y moverles a la contrición y verdadero arrepentimiento.

Muy pronto tuvo que abandonar este glorioso apostolado, pues, "debido a varios sucesos desagradables que mortificaron no poco a los Capuchinos que residían en San Felipe, fué comisionado el P. Adoain para que pasara a Cuba, con el objeto de ver si podía establecerse en aquella isla una residencia o colegio de Misioneros". Siempre obediente, allá se dirigió en noviembre de 1849, para seguir en aquel vasto campo misional el ejercicio de su celo por el bien de las almas.

Fr. CAMILO DE GRAJAL,
O. F. M. Cap.

(Continuará).

De las Antiguas Misiones

Nuevos datos sobre el Padre Caracas

EN varias ocasiones nos hemos ocupado del P. Fr. José Francisco de Caracas, célebre Misionero Venezolano. (Vide *La Orden Franciscana en Venezuela*, pp. 10-14; y *Venezuela Misionera*, No. 15-mayo de 1940-pp. 437-39).

Hoy volvemos sobre el mismo asunto, con el fin de dar a conocer algunos documentos inéditos, de mucha importancia para la biografía del P. Caracas, los cuales nos han sido facilitados fraternalmente por el acucioso investigador R. P. Cipriano de Utrera, a quien nos es grato manifestar públicamente por ello nuestra sincera gratitud.

Según esos documentos —que luego copiaremos— Fr. José Francisco vino al mundo en la bella ciudad de Caracas el 3 de abril de 1745, habiendo sido sus padres don Agustín Gutiérrez Navarrete, natural de Sevilla, y doña Paula Borges, nativa de Caracas y hermana del Pbro. don Lorenzo de Borges Méndez, Deán de la S. I. Catedral caraqueña durante los años 1770-1794. Don Agustín y doña Paula fueron vecinos de San José de Guama, jurisdicción de San Felipe el Fuerte del Yaracuy; y para la fecha en que su hijo ingresó en la Orden Seráfico-Capuchina (1769), ya habían fallecido.

El P. Caracas tomó el hábito franciscano en el Convento de Capuchinos de Sevilla el 18 de diciembre de 1769, cuando contaba ya veinticuatro años de edad, e hizo su profesión religiosa el 19 de diciembre de 1770, con la unánime aprobación de la Comunidad del convento sevillano. Todos estos datos se deducen de los enunciados documentos, que copiamos a continuación:

"Hno. fr. Joseph Francisco de Caracas, Corista.

"Lunes diez y ocho del mes de diciembre de este año de mil setecientos sesenta y nueve, a las diez y media de la mañana, tomó nuestro Santo Avito para el Coro el Hermano fr. Joseph Francisco de Caracas, siendo de edad natural de veinte y quatro años, nueve meses y quince dias; hijo legitimo de don Agustin Gutierrez Navarrete, natural de la Ciudad de Sevilla, y de doña Paula Borges, natural de la Ciudad de Caracas, vezinos que fueron del lugar de San José de Guama, jurisdicción de San Phelipe, del Obispado de Caracas, en la Nueva España *(sic)* (ya difuntos); llamábase en el siglo don Francisco Joseph Gutierrez Navarrete; diole nuestro Santo Avito con licencia de N. M. R. P. fr. Casimiro Fernando de Sevilla, Ministro Provisional, el P. fr. Pedro Joseph de Cabra, predicador y Maestro de Novicios, siendo guardian de este Convento

de Sevilla el R. P. fr. Eufrasio de Andujar; y para que conste lo firmé en el mismo día, mes y año ut supra.

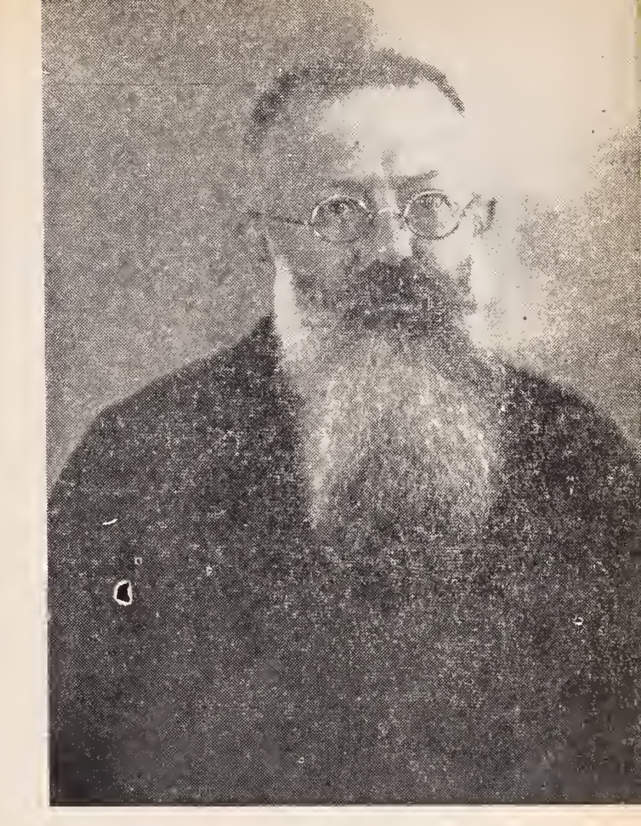
(F.) *Fr. Pedro José de Cabra,*
Maestro de Novicios".

(Libro de Tomas de Habito, folio 203 vuelto, n. 633).

Al margen de esta partida hay la siguiente nota: "Votos: Primeros: los tuvo todos; segundos: los tuvo; terceros: los tuvo todos.—Profesó e hizo confesión general y testamento en el Oficio de don Francisco Escarza."

En el *Libro de Profesiones,* fo. 22 vto. de la letra J., después de los enunciados de la toma de hábito, se añade:

"Profesó a las diez de la mañana del día diez y nueve de diciembre de el año de mil setecientos y setenta, en manos de el P. fr. Joseph de Ubrique, Predicador y Maestro de Novicios, siendo Provincial de esta Provincia N. M. R. P. fr. Antonio de Irlanda, y Guardian de dicho convento el R. P. fr. Fidel de Marchena, exLector de Theologia".



P. Pablo Manna, de las Misiones Extranjeras de Milán y celoso Fundador y Organizador de la Unión Misional del Clero. Su obra hoy día está extendida por todo el mundo.

No estará de más poner aquí algunos ascendientes paternos del P. Caracas: Juan Francisco, su abuelo, fué hijo de Antonio Gutiérrez y de María de Ojeda, y nació en Carmona el 3 de febrero de 1662.—Antonia (mujer de Juan Francisco), hija de Andrés Fernández y de Antonia de los Reyes, nació en Sevilla, parroquia Omnium Sanctorum, el 13 de junio de 1688.

No fué el P. Caracas el único venezolano que en tiempos de la Colonia se fué a España a tomar el hábito de los Capuchinos: tenemos noticias de otro *Fr. Francisco de Caracas,* hijo legítimo de don Francisco del Toro, Marqués del mismo título, y de doña Teresa Ascanio, quien en el siglo llamábase don Juan Rodríguez del Toro. Este tomó el hábito en Sevilla el 3 de noviembre de 1781, siendo de edad de 37 años, cinco meses menos diez días; y profesó en el mismo convento sevillano el 4 de noviembre de 1782. Dióle el hábito para Corista el P. Fr. Manuel de Sedella, y la profesión el Beato Diego José de Cádiz; pero este segundo Fr. Francisco de Caracas no fué tan afortunado como el primero, ya que no perseveró en la Orden por haber perdido la vocación. (Cfr. *Libro de recepciones,* fol. 26 v. de la letra F.—Archivo de Capuchinos de Sevilla, donde se conservan también los otros libros cits.).

Nuestro P. Caracas a los tres años de haber hecho su profesión, o sea el 22 (otros quieren que sea el 23) de diciembre de 1773, arribaba al puerto de La Guaira en compañía de otros religiosos, destinados todos a la Misión de Los Llanos. En su tierra natal, especialmente en la expresada Misión, que fué la más extensa de todas las venezolanas, trabajará como verdadero apóstol franciscano durante la friolera de *cincuenta y cuatro años,* dejando en pos de sí gratos recuerdos a la posteridad.

En ese largo período estuvo de Misionero en distintos pueblos de Los Llanos, como Cojedes, Tucupido (llano arriba, cerca de San Fernando), Iguana, San Jaime (villa de españoles junto al Apure) y seguramente en otros.

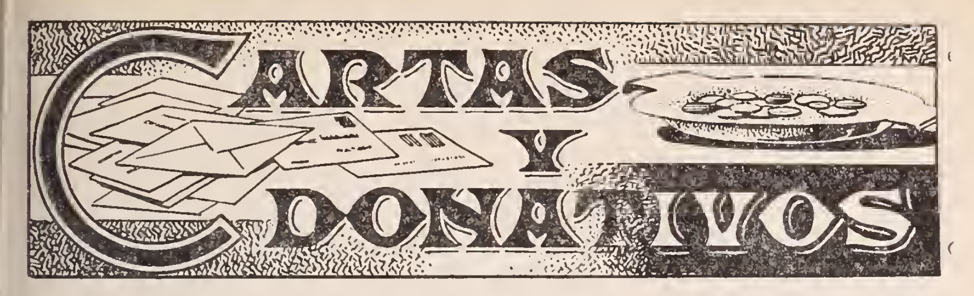
Desempeñó los cargos de Procurador de las Misiones de Los Llanos y Barinas, y de Presidente del Hospicio de Capuchinos de San Juan Bautista, en Caracas, y allí murió el 18 de junio de 1827, siendo inhumados sus restos en la pequeña Iglesia del mismo recinto hospitalario.

El Excmo Sr. Obispo de Valencia, Monseñor Gregorio Adam, siendo Párroco de San Juan Bautista de Caracas, tuvo la feliz y plausible idea de consagrar, en la capilla del Carmen de dicha parroquia, una hermosa lápida de mármol a la venerada memoria de los PP. Caracas y Andújar.

Nosotros agradecemos a Monseñor Adam ese homenaje de gratitud tributado a nuestros dos hermanos, insignes Misioneros de Venezuela.

P. Carrocera.

O. F. M. Cap.



★ Caracas, 7 de diciembre de 1942. Rvdo. P. Madridanos. Presente. Es un motivo de íntima complacencia para mí adjuntar a la presente la suma de Bs. 5 como un óbolo para la obra evangélica que tan abnegadamente realizan las Misiones Franciscanas en Venezuela. Que Dios proteja vuestros santos y civilizadores propósitos.

Vinicio Felipe Alfonzo.

★ *Amigo Vinicio, muy agradecido por tu donativo y por tus buenos deseos. Destinaremos esos Bs. 5 para bautizar un indiecito que se llame Vinicio Julio.*

★ Antimano, 19 de diciembre de 1942. Queridos amiguitos del Caroní: Después de saludarlos les deseamos que se encuentren bien en unión de los Reverendos Padres y Hermanos. Venimos en estas lineas a mostrarles que no nos hemos olvidado de Uds. ni de los regalitos que les ofrecimos el año pasado. Les deseamos que pasen una Navidad muy feliz y muy dichosa. Nos despedimos porque no hay tiempo para decirles más nada. Adiós, queridas amiguitas, les deseamos mucha felicidad.

Las Alumnas de la Escuela San José.

★ *Por aquí se recibió su regalito, mis queridas niñas, y a estas fechas de seguro que ya lo habrán recibido las niñas de la Misión, pues para allá salió. Que Dios les pague todo.*

★ Rdo. P. Antonino de Madridanos, Director de "Venezuela Misionera". Le envío Bs. 5 para que tenga la bondad de hacer bautizar un indiecito con el nombre de Joaquin. S. S. en Ntro. Señor.

Maria Núñez Meneses, T. F.

★ *Agradecido a su bondad y serán cumplidos sus deseos, señorita Núñez.*

★ Caracas, 7 de noviembre de 1942. Rdo. P. Director de Venezuela Misionera. Le escribo ésta enviándole Bs. 5 para bautizar un indiecito, que me gustaria que le pusieran el nombre de Alfredo. Le pido la bendición.

Alfredo González Delfino.

Caracas, 7 de noviembre de 1942. Rdo. P. Director de Venezuela Misionera. Muy contento estoy de mandarle Bs. 5 para el bautizo de un indiecito, con el nombre de Antonio. Le pide la bendición,

Andrés González Delfino.



Venicio Felipe Alfonzo, sonríe complacido para los indiecitos del Caroní.

★ *Contesto a estos dos buenos hermanitos y entusiastas misioneros, agradeciéndoles muy de veras su donativo. ¡Lástima no hayan mandado su foto para que los conozcan los Misioneros y los indiecitos! Quedo esperándola. Que Dios os bendiga.*

★ Valencia, 16 de noviembre de 1942. Rdo. P. Director de Venezuela Misionera. Caracas. Muy respetado P. Director. Adjúntole a ésta Bs. 5 para ser remitidos a la Misión del Caroní, como estipendio para el bautizo de una indiecita, y como sufragio por el alma de mi madre, quien se llamó Maria Chiquinquirá: bautizo y sufragio que es mi cuelga para ella en el día de la Chiquinquirá de este año. Ruégole que la indiecita que se bautice, se le ponga el nombre de María Chiquinquirá. Soy de Ud. atta. s. s.,

Carmen Zoila B. de Mulino.

★ *Sinceramente agradecido a la señora Carmen Zoila por su bondad. Se encargará el bautizo tal como Ud. lo quiere.*

★ Internado de Nuestra Señora del Pilar, Maracaibo 10 de diciembre de 1942. Rda. Madre Marcelina de Azcona, Caracas. Respetada y apreciada Madre: Aun no tengo el gusto de conocerla, me dirijo a Ud. por medio de esta carta para enviarle primeramente mi cariñoso saludo y con Ud. a todas las niñas de la Misión. Y después para decirle que el vestidito que va junto con la carta, deseo lo dé a una indiecita que le quede bien y si le es posible y pueden retratarla con él y mandarme el retrato, se lo agradecería muchísimo, pues me

sería muy grato conocerla. En estos días me han nombrado Angel de la Misión y junto con otras compañeras del Grado hemos estado recogiendo el aguinaldo, que con gusto enviamos. Deseo disfruten mucho estas Pascuas y pido al Niño Jesús les colme de gracias y bendiciones. Se despide de Ud. en nombre de todas las niñas del Quinto Grado, su segura servidora,

Cecilia Chacín Pirela.
Alumna de 5º Grado.

★ *Vaya con la cartita de esta entusiasta Misionerita del Colegio del Pilar de Maracaibo. Lectores, allí hay fervor misional y muchísimo entusiasmo por las Misiones del Caroní; pero muchísimo entusiasmo; me consta positivamente. Dios bendiga a estas niñas y bendiga copiosamente a las buenas Hermanas de Santa Ana, promotoras de estos fervores.*

OTROS DONATIVOS

La señora Angelina de Faller manda desde Nueva York Bs. 10 para el bautizo de dos indiecitos con los nombres de Harold José y Carmen. De Valencia la señorita Elia Sabatino Bs. 5 para bautizar una María de Lourdes. De la misma ciudad mandan Bs. 5 para el bautizo de un Alberto José. Las Alumnas del 5º Grado del Colegio San Antonio, de Caracas, mandan Bs. 5 para bautizar un indiecito con el nombre de Roberto. De Caracas la señora Olivia de Pérez manda Bs. 5 para bautizar un Fortunio Pérez. La señora María de Jesús de Sosa manda desde Choroní Bs. 5 para bautizar un José. Una señora muy devota de las Misiones de Caracas manda Bs. 15 para tres bautizos. Una terciaria franciscana de Caracas manda como promesa a Santa Teresa del Niño Jesús Bs. 60 para doce bautizos con los nombres siguientes: Gladis Josefina, María Isabel, Olga Margarita, Magdalena, Rosa de Lima, Carmen Isabel, Tulio, José María, Luis, Roberto, Agustín y Manuel, y además Bs. 104 de limosna.

★ *A todos estos insignes bienhechores de la Misión la gratitud que sale de lo profundo del corazón. ¡Dios se lo pague!*

P. A.
Capuchino.

BIBLIOGRAFIA



CURSILLO DE TAXIDERMIA, por John D. Smith. 1942. Escuela Técnica Industrial.

Con singular interés hemos leído el libro "Cursillo de Taxidermia" del doctor J. D. Smith, y que muy bien pudiera intitularse "Curso práctico y completo de Taxidermia". Lo de Cursillo debe responder a su brevedad ya que, en diez lecciones explica magistralmente el Autor su Cursillo. Si bien, como advierte en el Prefacio el doctor Dupuy, ha sido elaborado este Cursillo especialmente para el perfeccionamiento de Inspectores Técnicos, Directores y Maestros, creemos que puede colocarse en las manos de nuestros bachilleres y universitarios, así como también debe formar parte, como algo esencial, en el equipo de los Boy scouts.

En diez lecciones va exponiendo y concretando su ciencia el autor sobre el tema. Comienza, trazando en líneas generales el campo de acción de la Taxidermia, sus aspectos, los trabajos que supone, útiles, etc. Luego va desarrollando los métodos prácticos que se han de tener en cuenta para llevar a feliz término los trabajos, desde la salida al campo en busca de los ejemplares, hasta que los deje colocados en el Museo. Expone las normas para la caza de los especímenes, su conservación, clasificación, preparación de las pieles, etc., etc. A continuación estudia la manera de coleccionar y montar los esqueletos de animales y la conservación de los ejemplares. Por fin, estudia los modos y medios de conseguir lo que él llama "grupos ambientales", es decir, reproducir al natural los ejemplares en sus actitudes.

Todas estas lecciones, explicadas en un estilo sencillo y llano, resultan fáciles y muy prácticas, tanto que al finalizar la lectura se siente uno con ganas de coger los instrumentos y lanzarse al campo en busca de los ejemplares. Avaloran considerablemente estas lecciones los ciento y un grabados, que las ilustran y las hacen más amenas.

Sinceramente felicitamos al autor por este nuevo impulso cultural, y por que tan al alcance de los estudiosos ha acertado a colocar esta ciencia y arte de la Taxidermia.

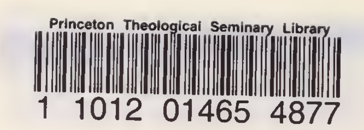
Agradecemos el envío al Ministerio de Educación Nacional.

P. A. V.
Capuchino.






TIRON
DOLOR
LABORATORIOS MUSKUS
GRIPE
FIEBRE


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4877